

Al felicitarlo por su merecido ascenso, la Redacción de la *Revista*, señala su advenimiento á la Jefatura del Departamento y del Cuerpo, como un acontecimiento que directamente traerá beneficios para el Cuerpo de Estado Mayor é indirectamente para todo el Ejército.

N. DE LA R.

DISCURSO OFICIAL

PRONUNCIADO

POR EL C. EUGENIO DE J. CAÑAS,

EN LA VELADA FUNEBRE

CELEBRADA EN HONOR

DEL

SR. GENERAL CARLOS PACHECO,

EN EL TEATRO PORFIRIO DIAZ,

el 16 de Octubre de 1891.



E. J. Cañas

CUERNAVACA.

IMPRESA DEL GOBIERNO DE MORELOS.

DIRIGIDA POR LUIS G. MIRANDA.

1891.

Muchos años por su Patria
El buen hombre peleó;
Cercenado tiene un brazo
Mas entero el corazon.

(Zorrilla, "A buen juez mejor testigo.")

Heraldos del criterio nacional, poetas y oradores eminentes han proclamado ya, al borde mismo de la recién abierta tumba, los méritos extraordinarios del hombre que en pró de la Libertad y del Progreso del pueblo mexicano, dejó medio cuerpo en el campo de batalla y agotó sus aceradas energías en la magna labor de la regeneración política de México. Los altos funcionarios de la Nación han llevado á esa tumba el fúnebre tributo de su duelo; la prensa periódica ha recordado cuán grande fué la parte de tarea que en aquella obra cupo llenar al *ilustre mutilado*; las innumerables personas que se honraron con su amistad, no cesan de recordar los relevantes rasgos de su noble carácter; y hasta la censura, pues se trataba de una personali-

dad eminente, ha venido con su desacorde nota, á tributar homenaje á la memoria del General Cárlos Pacheco.

No han terminado con esas demostraciones, es de esperarse, los honores que la gratitud nacional debe á su preclaro hijo. El Estado de Morelos, primer escenario de su importante papel administrativo, debe aun consagrarle testimonios imperecederos dignos de ambos. Mientras, natural es que los Poderes del Estado y las numerosas personas que en él fuimos sus amigos, dediquemos á su querida memoria, en ofrenda cariñosa, la reminiscencia de los hechos culminantes de su vida. Porque esta velada no es un torneo literario donde se vienen á esgrimir las agudezas del ingenio; aquí, es verdad, no nos congrega solo el deber oficial, frio, ceremonioso, casi indiferente; esta solemne reunion no es únicamente el tributo á fórmulas aceptadas de conveniencia social; á este acto no nos trae nada mas la obligacion de atestiguar nuestra gratitud y admiracion por el insigne patricio, no: reúnenos aquí, además, en derredor de la efigie del héroe, el verdadero dolor por la pérdida del amigo personal, directo ¡y qué amigo!; congreganos en este sitio el mismo impulso que despues de la muerte de un padre de familia, congrega á sus deudos á llorar su pérdida, á rememorar sus actos, á encomiar sus virtudes y á medir el vacío que ha dejado su desaparicion; venimos á darnos recíprocamente el pésame por la desgracia que uno á uno y á todos nos aflige, con la partida eterna del hombre de corazon grande, que para cada uno tambien tuvo, ya un honor que discernir, ya una injusticia que reparar, un apoyo

que otorgar, un desfallecimiento que sostener, una desgracia que aliviar, ó bien una facultad que estimular, un favor que conceder, y hasta un error que olvidar; para muchos honor, justicia, apoyo, alivio, estímulo y favor á la vez, y que para todos fué un modelo de amigos digno de imitar. ¿Qué tendría pues, de extraño, que al recordar las nobles dotes de su carácter y los altos hechos de su vida, pudiésemos, sublimándolos al calor del afecto, llegar hasta la hipérbole, si bien no podremos llegar siquiera á la expresion de la verdad de sus merecimientos? Luego ¿no nos es lícito, á los que siempre tuvimos sellado el lábio á las alabanzas que el pensamiento le discernía, cuando tuvo vida y poder, verterlas ahora que de él nos separan, el helado féretro donde duerme el eterno soporoso sueño, y la pesada losa sepulcral que jamás se levanta? Pero, ¿quién de nosotros, los que tantos años le conocimos de cerca, podría lisongearse de levantar el encomio á la altura del mérito? ¿No está además en nuestra conciencia, que lo ménos que ahora nos falta, cuando rebosa el sentimiento, es el concepto atildado? ¿No debo el honoroso y grato favor de expresar con vuestro pesar el mio, á la conviccion comun, de que para expresarlo sinceramente, tanto pueden hacerlo en galana frase los inteligentes literatos que son de esta sociedad lustre, como en inculto lenguaje lo intento yo, humilde campesino ageno á las letras? Es el acuerdo tácito de que la expresion de nuestra pena, verdadera é íntima, no exige para ser digna de su causa, ni la forma clásica del virgiliano lamento de Dido, ni la épica de Homero en la desesperacion de Andrómaca, ni el acento trágico de

Sófocles en el dolor de Edipo; y si dable fuera á mi insuficiencia escoger una forma en que modelar mis pensamientos, no á la triste elegía pidiera sus fúnebres ayes, que Pacheco, émulo glorioso y heroico de Churruca, Nelson y Lucas, es más digno, por su carácter y acciones de ser loado con los bélicos acentos del inmortal cantor de Trafalgar!

* *

Cárlos Pacheco, entrò á las lides de la vida viril amparado con el poderoso título del desvalimiento de fortuna y apoyo, que á los hombres de verdadero talento y carácter, comunica esa conciencia del propio valer, y ese temple supremo que desprecia el dolor y se aquilata en la lucha. En su niñez, á vuelta de las tareas escolares, la caza, las excursiones campestres, la gran fatiga, el contacto con la vírgen naturaleza, fueron sus recreaciones favoritas y le prepararon al brillante papel á que estaba predestinado. Recuerdo la animacion juvenil que expresó su semblante y la vivacidad de su palabra, cuando en cierta expedicion á través de la montaña, su compañero de infancia, Maceyra, evocaba aquellas excursiones en Chihuahua, en que ambos, niños, con la escopeta al brazo y el morral al hombro, más provistos de municiones de guerra que de boca, abandonaban la direccion de su camino á los incidentes de la caza, y se alejaban, sin pensar en ello, del hogar paterno, hablando de la Patria, de la Libertad y de la guerra, hasta que la falta de pólvora, nunca la de víveres, les recordaba el regreso. Este prólogo de su vida la reasume toda: la Patria, la Libertad, la amistad, la lucha por ellas, el olvido de sí mismo; todo para los

otros, nada para sí, sino el trabajo y su parte de honor; iniciativa fecunda, actividad asombrosa, organismo de resistencia diamantina.

* *

La libertad, á punto de ser ahogada por los férreos brazos de la reaccion conservadora, llamó en su socorro á sus defensores, y Pacheco, aunque en los albores de la juventud, no podia faltar al reclamo de su amado ideal, hallando en la azarosa vida de campaña, empleo digno de su vigor. La libertad triunfó por los esfuerzos de sus buenos hijos; pero no desvanecidos aun los ecos del himno de victoria, la causa de la Patria misma se vió en peligro por la invasion extranjera; y Pacheco que habia ido ganando á fuerza de disciplina y valor sus grados militares, y que compartió á las órdenes del General Diaz los honores de esa, que sin la sangre derramada, sería tan romancesca, como es gloriosa campaña, cuyas inmortales etapas se llaman Miahuatlan, La Carbonera, Oaxaca, llegó, jóven de veintiocho años, y comandante del primer batallon de cazadores, frente á los parapetos de Puebla.

Aquel baluarte donde tanta sangre había corrido por el afianzamiento de la libertad y la defensa de la Patria; aquellos sitios que son como las mas elocuentes páginas del civismo y esfuerzo de los hijos de México, debían cerrar su registro de acciones heróicas con la increíble de Pacheco.

* *

Se decidía en Querétaro la suerte de la Nacion, en duelo á muerte entre la República y un Imperio espúreo, producto de la fuerza extranjera. Un hábil gol-

pe, que falto de éxito ha sido sometido despues á severa censura, concebido por Márquez, podía libertar á Puebla del asedio en que con mas patriotismo, talento y valor que elementos materiales, la tenía el jóven caudillo del Ejército de Oriente, y con las grandes provisiones militares de aquella plaza y las de la ciudad de México, Querétaro podía libertarse á su vez, el Imperio revivir y la República retardar su restauracion, hundiendo al país, por muchos años acaso, en los horrores de la guerra en que entonces mismo se abrasaba. Márquez decidió marchar sobre los sitiadores de Puebla; pero la mirada vigilante del general Diaz abarcó el peligro, y su sereno valor apeló á un recurso extremo. Esperar á Márquez sin haber destruido la guarnicion de Puebla, era la derrota; levantar el sitio y volver á Oaxaca, era casi la derrota tambien; no había sino un medio, que por las inmensas dificultades que presentaba parecería una locura si no fuera una inspiracion del génio y de la audacia: asaltar á Puebla, tomarla y marchar sobre Márquez. Decidido el asalto de aquellas formidables fortificaciones, con tres mil hombres, cuando treinta mil franceses, con todos los necesarios elementos de guerra, y cuando, ni estaban tan bien artilladas ni se conoecian por experiencia los puntos débiles al ataque, no pudieron tomarlas á viva fuerza cuatro años antes; entregada al mando de Pacheco una de las trece columnas de asalto, con órden de tomar la trinchera de la "Siempreviva," el punto que presentó mayor resistencia, inmensa hoguera desgarró con sus fulgores, desde la cima del cerro de San Juan, las densas negruras de la noche, hácia las tres y media de la

madrugada del 2 de Abril de 1867; era la órden inexorable para los sitiadores de arrojarse por aquel camino del asalto, que fatalmente tenía por término, para ellos, la muerte ó la gloria; para la Patria, la libertad ó la anarquía.

Pacheco, alma fundida en los moldes de Plutarco, se estremece de alegría á la señal de ataque, y avanza el primero á la cabeza de su columna sobre el parapeto enemigo, que vomita con horrisono estruendo, en fuego y balas, la muerte; muchos de sus soldados caen exánimes en su derredor; anima con su ejemplo á los que escapan de la negra segur, y se adelanta, casi solo, desafiando aquel huracan de devastacion y horror; de los que le siguen, los más perecen barridos por la metralla enemiga: ordena, estimula, exhorta al avance dominando con su potente voz aquel fragor tempestuoso, y dando siempre el ejemplo avanza; derrepente se detiene..... vacila..... cae..... una bala le ha destrozado la rótula izquierda, y falto de la pierna, anegándose en su sangre yace sobre el duro pavimento! Pero, leon herido, su valor se sublima; se hace levantar y conducir hácia el temible fuerte sobre la espalda de un soldado, y desde este nuevo ambulatorio, que su génio y valor improvisaran, blande la invicta espada y nuevamente ordena el asalto. Dando siempre el ejemplo, se hace llevar arrojadamente hácia la terrible trinchera, y ya llega, cuando una traidora descarga lateral, que las balas de frente ya no osaban herirle, le arranca ¡ay! el brazo derecho, llevando tambien los dos del valeroso soldado que lo conducía. "Ya no puedo cargarlo" dijo aquel mártir de su obediencia, y ambos ro-

daron por el suelo, mezclando su sangre y sus miembros rotos! Abatido en el polvo, destrozado, debilitado, Pacheco sólo piensa, mientras alienta, que del cumplimiento de su deber depende la salud de la Patria, y aún hace avanzar à su diezmada hueste hasta apoderarse del terrible reducto.....! Y cuando à los primeros albores de aquel glorioso día, mil veces memorable, la puede contemplar victoriosa, olvidado de sí, la felicita entusiasta por su valor y exclama: ¡Viva la Patria....! ¡Que la Patria viva es el deseo único, es el pensamiento supremo de aquel héroe inverosímil, que yacente, exangüe, mutilado, acaba de ofrecerla su vida en holocausto.....!

* *

Diez años de existencia y la mitad de su noble cuerpo sacrificados en aras de los altares patrios, en momentos de inmenso peligro, ameritaban un glorioso descanso; pero para aquella naturaleza superior, como para los héroes legendarios de los romances caballerescos, de los que su carácter era en gran parte trasunto fiel, «sus arreos eran las armas y su descanso luchar.» Así, salvado milagrosamente de las crueles amputaciones y resecciones de los miembros heridos, que hasta el fin de su vida le tuvieron en un potro de dolor, se dedicó de preferencia en Puebla à las faenas agrícolas en unas pequeñas fincas con gran trabajo adquiridas, porque los enconos políticos llegaron hasta privarlo, à él, quien lo creyera! del pan que la Nación le debía, sólo porque no cejaba en su leal adhesión à su amigo, el que fué caudillo del Ejército de Oriente, quien en pleno Congreso federal había tenido que recordar los servicios de

Pacheco, y el olvido ó la hostilidad del Gobierno!

Hácia 1874 vino al Estado de Morelos, encargado de la administración del ingenio de San José Vista Hermosa, y allí le hemos visto entregado con ardor, lo mismo à las rudas labores del campo, desafiando los rigores de una temperatura inclemente, que à la mejora de la parte industrial, desplegando siempre, con su genial actividad, su poderosa iniciativa. Amigo fidelísimo del Jefe del movimiento político de Tuxtepec, à su triunfo fué encargado del Gobierno y Comandancia militar de este Estado en los últimos días del año de 1876, y con las funciones de este cargo, comenzó la segunda época de su existencia consagrada al país

¿Qué podríamos decir de su administración, si todos nosotros, amigos suyos ò no, somos testimonios vivos de su constante afán por el progreso de esta porción de la República? Baste recordar que ese afán por el progreso de todos los ramos de su gobierno, especialmente los de instrucción pública, y grandes mejoras materiales, produjo una emulación empeñosa entre sus colaboradores, de la que se derivaron grandes bienes al Estado y se continúan derivando, pues sus sucesores en el Gobierno han seguido la misma vía de progreso por él trazada. A su exclusivo trabajo se debió la organización de la compañía del ferrocarril de Morelos, primera empresa mexicana de ese género, que tanto contribuyó desde entonces, con su ejemplo, al desarrollo de las grandes vías férreas en toda la República.

* *

Los cargos de los Gobiernos de Morelos, Puebla, Distrito federal y Chihuahua y de las Secretarías de